Selección de textos de Julián Rodríguez

Julián Rodríguez, Primer Capítulo de la novela *Ninguna necesidad*

El marco floral de la autopista estaba compuesto por pinos y adelfas. Pinos que no pertenecían en realidad a aquel paisaje; adelfas que nunca habrían crecido allí de no haber sido por los propósitos del Ministerio do Planeamiento.

Con las ventanillas cerradas para mantener el efecto del aire acondicionado dentro del coche, no podía saber a qué olía todo aquello, la combinación de sol y vegetación y tierra. Tampoco le importaba. No se sentía propenso a la contemplación, ni a nada que tuviera que ver con la admiración, el disfrute, la elevación de los sentidos (etcétera), ni siquiera con lo que pomposamente llaman adivinación de los paisajes del alma. De alguna manera, eso pensó varias veces, igual que una idea que aparecía y desaparecía y luego reaparecía como los indicadores de la distancia hasta Lisboa, como los teléfonos para las urgencias en carretera, pintados de un naranja que refulgía a aquella hora (15:34 según el reloj del cuadro de mandos): lámpara encendida en medio de la tarde y con exceso de luz, el paisaje era una naturaleza muerta. Y no sentía pasión por ella.

Aquí y allá, como recuerdos de una naturaleza más (si pudiera decirse así) verdadera, alcornoques, olivos y matorrales cuyo nombre no sabía: sí el de las jaras, sí el de los carrascos. El resto, plantas, arbustos que pertenecían a la realidad pero que aún carecían de nombre para él. Quizá, se dijo, nunca lo tengan.

Tiempo después, cuando recordó aquel viaje que había comenzado por la mañana al pasar por casa del Muerto, al hacerse cargo de varias cajas de zapatos llenas de fotografías, al prometer inventariarlas, recordó también que todos sus pensamientos de aquellas horas, algo menos de tres, habían sido, sobre todo, para las cunetas y para los campos lejanos, los que se avistaban cuando la orografía lo permitía, porque eran un recuerdo de algo leído, de algo dicho por el Muerto muchos años antes, y para las adelfas amargas, que marcaban a su izquierda una línea rosa, verde, desvaída, y sabía que

venenosa, que no podía permitirse cruzar. Y siempre, como si aquello fueran unas vacaciones verdaderas, o una fuga ideal llena de presuntos incentivos (se hablaba a sí mismo con palabras que le producían risa), acelerando. A cada rato, un poco más. Y, luego, otro poco. Hasta que el marco floral, el paisaje, se volvía totalmente abstracto, hasta que las líneas discontinuas pintadas en el asfalto se volvían una sola, hasta que las marcas, como signos (vértice cuya punta señalaba siempre el oeste) que marcaban la distancia de seguridad, se convertían en comillas. Para entrecomillar (más risa) todo lo que tenía que poner en claro, todo lo que recordaría al final de los siete días que debía gastar antes de regresar a la habitación del Muerto.

Todo, todo, se dijo después de levantar el pie del pedal y marcar con el intermitente su desvío hacia Setúbal, todo, se repitió mientras miraba los indicadores (centro urbano, campo de fútbol, playas) se ha vuelto de repente absurdo. Y no sabía si aquel absurdo tenía que ver con la muerte o tenía que ver con su propia vida.